



701323

MONTE GRANDE

Por
JOAQUÍN
EDWARDS BELLO.

Paísaje de brujería. Montañas con hoya circular, negras. Cerros con agujeros como quesos. Minas abandonadas. Grietas de potes del oro, de la plata y del cobre. Chimeneas a Chatarrita y Copiapó. Minas extinguidas de conquistadores. Minas de chileños antiguos, nervudos y con caras sucias, llenas de lágrimas. Cerros con nombres de aventureros que se enriquecieron y fueron a fundar familias en alturas de la Alameda, Cuna de milagros. Hoyos, hoyos y hoyos de esperanzas. Sepulturas de quimeras. Prácticos semisumidos, Diapulas, Cervitos, Tembo, Melancas, Cuatritos, Posesión, Angolillo, Almorador, Botico, Papirero, Monte Grande, La Unión. El campo pierde su sentido en la desolación de cerros, de rocas, de quebradas. Polvareda, Sal y desolación. Ruinas terribles de conventos muertos. Fajas alargadas de pasto como colas de lagartijas. Cielo azul, cinciento, impenable. La aldea llamada Unión se encuentra en esas senas del Remedio Norte Chico. Unión tiene 940 habitantes en la confluencia de los ríos Derecho y Cachagua.

En los últimos meses del año 1888 llegó de dicha aldea a Vicuña una mujer chililua y vivarachita, llamada Petronila Alcayaga. Llegaba en la carreta por el camino de Diapulas, acendrado y pintoresco. La acompañaban el marido y la hija Emelina de corta edad. El marido se llamaba Jerónimo Godoy Villanueva. Había sido el mejor partido de las niñas del pueblo, aunque no sabía de dónde venía ni cuáles eran sus intenciones. Entraba por la vista. Grande, con ojos claros y dientes blancos. Había poco pero bien. Su instrucción era superior al medio. Había de riquezas ocultas y payaso. Fue maestro de la escuela. Las alumnas le adoraban mientras les contaba la historia de Chile y del mundo. Cuando se casó con Petronila Alcayaga, se hizo antipático. Perdió posición. Ella era relativamente rica. No le querían a ella ni a sus hermanas. Se dijo que Jerónimo se casó con ella para avanzar una dote que tenían en Chapico y en Chiguas. Jerónimo no tardó en venderlas. Con el dinero compró una tropa de buques y alquiló la casa de Visuña, calle de Mapo nº 759. La casa de él, de un poco cansada de un pasadizo, contra viento, lluvia, un poco y jardín al fondo. Se hizo jardinería y frutero. No tuvo amigos. Nunca los tuvo. Enigmático. Estrujaba a su esposa en sus fuertes brazos o se quedaba mirando lejos los cerros, los caminos, y los cielos. Produce miedo.

Cuando se acercó el momento de "mejorar de guagua" duela Petronila siguió el consejo que le dio su amiga Antonia Molina. Duela Antonia le había dicho que conocía a una pertera milagrosa. Se trataba de una mujer rústica, como de cincuenta años, negra, choca y delgada, natuñi de Paiguano. Era éste un pueblo de 500 habitantes, con fama de astutos y amaneros. Era conocido además por sus fuertes regados y por sus huasos. La pertera Martina era una de las católicas de Paiguano. Vivía con un hombre viejo de sesenta años, negro y del pelo blanco, a quien llamaban El Yuyero. Era de medio y se decía que mataba, siempre que le pagaban. Los campesinos supersticiosos se santiguaban cuando pasaban frente al rancho de la Martina y del Yuyero.

En su parte anterior Antonia Alcayaga había creído que la desconfiaban. Por lo mismo tenía miedo. Le dijeron que con la Martina había ido. La Martina era una mujer sin nervios, limpia y discreta. Iba vestida de manda y era devota de San Ramón. En las aldeas respetaban a la Martina. Solían llamarla Maposasta.

Después Petronila Alcayaga volvió con superstición y gusto en veinte años. De la sobreja con infundio. Creía que venían milagros. Cuando llegó la pertera, se sintió mejor. La Martina producía confianza. Usaba solamente sus manos que parecían negras. Después de tanto un rato le dijo con asombró.

...No son milagros. Sino una niña linda y rubia.

En la tarde del cinco de abril, día de la Caballista Chilena. Mañana mejor.

Se contó cerca de ella. No pensó que entrarán otras personas. Amaneció seduciendo, con cantos de pájaros. La Martina fue hervir agua en un balde grande en el brasero. El sistema de la Martina era curioso. Puso dos cuerdas pendientes de una viga del techo a manera de columpio. Abajo de las cuerdas coló el pailón de cemento y más allá una bota con agua fría. En la pared frente a la portonera coló una imagen de San Ramón. Se aseguró que estaban solos y gritó.

—¡San Ramón! ¡San Ramón, véncate este estorcedor!

Dijo así tres veces y alzó.

—¡Súitelo bien firme de los cordales y vóale. No va a caer, ¡ya!

Las manos de la Martina justificaron el apodo de Maposasta. La coltura salió como un huevo de gallina. Era una niña. Se deslizo vinidulitá y se puso de pie en la faja gritando y agarrándose fuertemente de los bordes. En ese momento cayó un gato y batieron unas ongas.

—¡Mírela, qué le parece! dijo la pertera con vanidad.

El padre, golpeó la puerta. Cuando le abrieron quedó silencioso. La niña se le parecía. En sus ojos, su boca, su cráneo. Baxó a su esposa en la brida, colando su cuello con los brazos. Más tarde le llevó un vaso de leche de cubra fresca. En la noche a la luz de la vela, escribió versos. No se sabe por qué escribieron para la niña el nombre de Lucila. Fue hijo del padre. ¿En qué momento se dio cuenta de esto? ¿Por qué razones no amó a la vida para él? ¿Por qué escribió estos versos?

¡Oh dulce Lucila que en días amargos plañías los cielos de vólos rascar quedaba la reservación para ti hija mía el día que a tus padres no quisas ceder!

Dos días después partieron la madre y las dos hijas para Unión. Solas sin Jerónimo, sin el hombre. Lucila se crió sin juguetes, ni cerros. Sus ojos luminosos, miraban los cerros y los cielos. Emelina no la quería. Los vecinos decían "es la hija de Jerónimo" con tono de desprecio y de rapuche. El matrimonio se había ido en busca de un tesoro. Con el dinero de la madre. Todo siempre un tío desquadrado. Lucila era una mujer quimérica en las noches, pero no lo decía. El alimento de Lucila consistía en frutas. Mandó el durazno y el higo morado. Leche de cabra y de burro. Cuando Lucila tenía tres años el padre desapareció de esos cerros para siempre. Buscó otra mujer y tuvieron otros hijos. Así, en un hogar desolado, sin padre y con madre desquadrada, creció Lucila. Se hizo maestra de aldea. Cierta día la llamaron ladrona. La apodrecieron y la envenenaron. La llevaron a Diapulas. Emelina la arrojó de la casa. Lucila era la hija de Jerónimo el "hombre malo". El capitán de la Escuela Normal la rechazó por atea o "naturalista".

Pasaban los años y esta Lucila Godoy Alcayaga, de Monte Grande, realizaba un milagro. Un día la vieron vestida como reina, con sus ojos como estrellas, en la Corte del Rey indio más respetado. Estaba en la mesa de la familia real. Los soldados le presentaban armas. El Presidente de la nación más poderosa de la tierra se inclinaba ante ella. El Papa le enviaba su bendición. Todos los reinos del mundo publicaban al respecto y la historia de Lucila. Los reinos llevaban su nombre por encima de océanos y de continentes. Lucila Godoy Alcayaga, de Monte Grande, Gabriela Mistral. El Presidente de Chile pedía para sus honores de general.

Enero de 1967



Don Petronila Alcayaga, madre de la poetisa.



Gabriela Mistral, la poetisa.

Monte grande [artículo] Joaquín Edwards Bello.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards Bello, Joaquín, 1887-1968

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Monte grande [artículo] Joaquín Edwards Bello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile